

VIVERO GARCÍA, María Dolores: *El texto: teoría y análisis lingüístico*. Madrid, Arrecife, 2001.

Esta obra aporta un conjunto coherente de herramientas conceptuales necesarias para analizar metódicamente la organización de un texto, ya sea literario o no. Distingue tres planos de organización, que trata sucesivamente (organización enunciativa, temática y composicional) ofreciendo, en cada caso, numerosos ejemplos de textos franceses y españoles minuciosamente trabajados. El enfoque adoptado es integrador: la teoría de la enunciación (O. Ducrot, D. Maingueneau), la semiolingüística de P. Charaudeau, la semántica textual de F. Rastier, la lingüística textual de J.-M. Adam y la «textique» de J. Ricardou constituyen las bases más importantes de este estudio.

En el primer capítulo, destaca por su importancia la distinción establecida entre, por un lado, el nivel de la enunciación y de la recepción empíricas y, por otro, los niveles internos del escrito que corresponden a los efectos de representación del narrador y del narratario. Esta distinción entre las interacciones empíricas y las estructuras internas propiamente representativas es, desde mi punto de vista, esencial: permite no confundir la fuente efectiva del enunciado con el enunciador representado, evitando una asimilación frecuente que refuerza la ilusión representativa y, en particular, la ficción de una presencia subjetiva.

En cuanto a la relación entre género discursivo y enunciación representada, cabe señalar que quizá, más que una relación de determinación de ésta por el género, o en su caso de transgresión, es la gestión particular de la enunciación (entre otros aspectos) lo que contribuye a constituir el género como tal. El lector, al identificar una determinada asociación de procedimientos, puede identificar inicialmente un género, tomando la parte (tal organización) por el todo, pero si el resto del escrito no responde a sus expectativas, chocará con una dificultad. Piénsese, por ejemplo, en las dificultades que presenta el «Nouveau Roman» para muchos lectores. Y sin embargo, este tipo de novela no es tanto una transgresión de la novela realista como una organización de las estructuras con una economía muy distinta, aunque se mantenga la dimensión narrativa.

Me parece especialmente interesante, en este capítulo, el estudio de la focalización interna no mencionada explícitamente por la narración (p. 87). Podría incidirse, a este respecto, en la idea de una superposición de puntos de vista, ya que hablar de «fusión» desdibuja en cierto modo el mecanismo del desdoblamiento. Así, en el ejemplo analizado en la p. 88, el enunciado en ne-grilla asumido por el narrador, el cual presenta, al mismo tiempo, la escena desde el punto de vista de los personajes, sería un caso de superposición; lo mismo podría decirse del ejemplo analizado en las pp. 104-105. Además de los tres procedimientos estudiados en relación con la focalización interna (discurso indirecto libre ligado a una percepción, foco de percepción y punto de vista

mencionado), la recapitulación ofrecida (pp. 97-98) distingue el caso de la puesta en escena de un enunciador que no aparece como foco de percepción, caso que no tendría en principio que ver con la focalización interna. Pero la cuestión está en si es posible discriminar cuándo el enunciador aparece como foco de percepción y cuándo no, porque, como la misma autora señala (p. 95), no es sencillo disociar la percepción del pensamiento. En general todas estas páginas son complejas y destaca la seguridad con que la autora maneja las distintas facetas del discurso y del punto de vista, manteniendo una perspectiva de conjunto rigurosa.

El estudio de la organización enunciativa se ve de forma concreta en el análisis de *La Légende de saint Julien l'Hospitalier*. De este análisis, me parece importante insistir en la dimensión irónica que la autora señala a propósito del «à peu près» al final del cuento: la frase de Flaubert hace, efectivamente, reflexionar sobre la distancia que media entre la historia y el relato. En cuanto al efecto de realismo narrativo, no me parece creíble en la medida en que todo lo que precede en el cuento no tiene correspondencia con la división en escenas de una vidriera.

Este primer capítulo termina con una exposición esclarecedora de los mecanismos de la enunciación autobiográfica. La conclusión limita un poco el alcance de la ilusión representativa al ligarla esencialmente a la tradición literaria, cuando es toda la esfera discursiva, incluso toda la problemática del sujeto y de la conciencia, la que alimenta esta ilusión no sólo en el escrito sino también en el discurso oral. De hecho, el excelente cuadro de la p. 123 en sus implicaciones de lo interno a lo externo, es susceptible de aplicarse igualmente a la interview y al testimonio oral, situaciones éstas en la que la coincidencia espacio-temporal entre la presencia del enunciador empírico y el enunciado acreditan más aún la asimilación entre instancias empíricas e instancias de la enunciación representada.

El segundo capítulo, dedicado a la organización temática, se basa esencialmente en el concepto de isotopía textual avanzado por Rastier. La representación es analizada como un efecto que resulta de las isotopías presentes en el escrito. Se insiste también, sin embargo, en criterios de interpretación pragmáticos, por lo que cabe preguntarse si no hay cierta distorsión entre ambos aspectos. Si los criterios pragmáticos consisten en hipótesis previas ligadas al horizonte de expectativa de los lectores, esto excluiría una interpretación basada en la coherencia del escrito mismo. Ciertamente, las anticipaciones lectorales favorecen, en ciertos casos, la interpretación, pero nada excluye que orienten la lectura hacia pistas erróneas o que impidan acceder a aspectos del texto que no responden a lo esperado. Desde mi punto de vista, la captación pragmática del texto tiene lugar, al leer, en función de los datos que éste proporciona, así como de las capacidades de un lector concreto para identificarlos. La presuposición de isotopías puede responder entonces a dos situaciones: o es mecánica y provoca una ceguera con respecto a las estructuras efectivas de la representación, las cuales pueden contradecirla; o bien es adaptable y se transforma du-

rante la lectura. Si se consideran indiferenciadamente las estrategias interpretativas del lector, no se tiene en cuenta esta oposición, es decir que se desestima la posibilidad de una lectura incorrecta. En este sentido, no parece adecuado afirmar que es la lectura la que construye la coherencia textual, siendo más acertado pensar que la lectura identifica las estructuras y que cuando éstas presentan cierta incoherencia, es la reescritura mental del texto la que construye la coherencia. De ahí que, en lugar de decir que el lector «establece» una isotopía, sería más exacto decir que la identifica o que la actualiza.

La noción global de «contexto» parece problemática en el sentido de que presupone una demarcación sin criterios justificados. Si el contexto autoriza una interpretación en el sentido de que le sirve de marco, habría que fijar el lugar en que se despliega el contexto (¿un fragmento? ¿un libro?...). Resulta mucho más segura la propuesta avanzada (p. 155) para analizar la coherencia temática según un doble mecanismo de recurrencia y de aporte informativo, con la oposición tema / rema. Quizá podría añadirse a los tres tipos de progresión presentados un cuarto tipo, que sería por tema «englobante»: correspondería a una progresión que, a la inversa de la progresión por temas derivados, pasaría de un tema a su hipertema, como en una descripción que desde los detalles progresa hacia aspectos más globales.

La aplicación de la oposición tema / rema al estudio de la dinámica informativa de *Un cœur simple*, da lugar a un análisis del empleo del pronombre sujeto anafórico en este cuento de Flaubert. Por mi parte, iría más lejos en el análisis propuesto del empleo de «elle» al principio del tercer párrafo del cuento (p. 174) afirmando, incluso, que se trata de un «defecto» del escrito de Flaubert, ya que, al menos en un primer momento, el lector puede comprender que es Félicité quien se ha casado con «un beau garçon sans fortune». El esfuerzo interpretativo que, como muy bien señala la autora (pp. 175 y 177), se exige del lector no parece justificado. En este sentido, la perspectiva de la «textique», al considerar las estructuras del escrito y no el proceso de interpretación de un enunciado, permite plantear la cuestión del «defecto» ahí donde con demasiada frecuencia la recurrencia de un fenómeno lleva a admitirlo como una cuestión de «estilo» propio del autor; porque se trata de que el escrito proporcione los datos óptimos para su lectura y no de que manifieste los gustos o los «tics» de una personalidad.

El tercer capítulo del libro aborda la organización composicional. Esta parte comprende una exposición de la teoría de la «textique» desarrollada por Jean Ricardou, exposición por fuerza condensada, pero muy fiel al edificio teórico. Lo que puede plantear ciertos problemas, desde mi punto de vista, es la distribución de las estructuras entre «escrituras» y «texturas» (o de los efectos entre «representación» y «metarrepresentación») en relación con los otros cuatro tipos de secuencias (narrativa, descriptiva, argumentativa y explicativa). En efecto, si las escrituras abarcan estos cuatro tipos, no es fácil situar las texturas en el mismo plano, como un tipo más de secuencia. En este sentido, la referencia a Jakobson (p. 271) puede hacer pensar que el régimen textural sería

una especie de suplemento «estético». Pero en cuanto se pasa a los ejemplos, y en toda la parte final del libro, se percibe bien que lo que está en juego es algo más. En particular, la conclusión (p. 305) es muy clara y pone de manifiesto que la representación resulta de una adaptación a las imposiciones del material verbal.

Aquí, el esfuerzo de integración de los trabajos teóricos utilizados choca con la economía propia de cada uno de ellos. Pero es evidente que, en el marco de esta obra, no era posible construir un edificio teórico que sintetizara las nociones de texto en el sentido de Adam (o de Rastier) y en el sentido de Ricardou. Un indicio de esta dificultad aparece, quizá, en el empleo de la fórmula «el texto en el sentido pleno del término» (p. 305, primera línea), es decir el texto portador de texturas, cuando en la mayor parte del libro se ha utilizado el término de «texto» para designar un mensaje en el marco de su interpretación. En el primer caso, nos situamos exclusivamente en el ámbito del escrito y de la metarrepresentación, mientras que en el segundo se remite a todo enunciado verbal (sin tener en cuenta los eventuales efectos de metarrepresentación). Otro indicio aparecería, al final de la p. 305, cuando se justifica la substitución de «secuencia poética» por el término «textura»; en efecto, hablar aquí de substitución refuerza la relación entre las dos fórmulas. Aunque es cierto que la segunda permite corregir la vaguedad del término «poética», en realidad ocupa el mismo lugar, dentro de una taxonomía tomada de Adam, al lado de los otros tipos secuenciales. A pesar de que se indica que este mismo autor ha renunciado a la «secuencia poética», se mantiene este tipo de secuencia, quizá para mantener el paralelismo (texturas - textemas), que remite a las otras (secuencias - secuencias). La pregunta que surge, ante esta dificultad, es si no habría sido posible dejar aparte la textura, precisamente porque es metarrepresentativa, es decir porque sobrepasa el régimen representativo, y mostrar la textique como una perspectiva inédita con respecto a las otras, puesto que estudia fundamentalmente estructuras poco analizadas hasta ahora o bien concebidas hasta el momento desde un punto de vista reductor. Puede extrañar, además, el término de «secuencia» referido a las texturas en general. Si bien existen series orientadas o simplemente articuladas, las texturas no siempre son de orden secuencial (salvo que nos basemos en su integración representativa, según la cual los elementos materiales son captados según progresa la lectura).

Dejando aparte esta crítica referida a la estrategia de presentación global, y centrándonos ahora en los ejemplos analizados, cabe señalar que el análisis del eslogan de la SNCF (p. 284) quizá encierre una vuelta a la concepción jakobsoniana de la función poética: como en el célebre ejemplo del lingüista (*I like Ike*), el material verbal queda puesto de relieve pero siempre bajo dominación representativa. Esta misma observación podría hacerse con respecto a la argumentación desarrollada en la p. 295, donde el hecho de que la representación se adapte a la estructura se presenta como suficiente para asegurar la dominación del régimen textural, cuando en realidad esta adaptación tiene lugar, a mi entender, en cualquier aliteración expresiva.

Por lo demás, el libro presenta análisis muy pertinentes como el magnífico ejemplo de cacotextura en el texto del *País* (p. 286), que la autora pone muy bien en relación con el principio de *Les fleurs bleues* (p. 287). En estas páginas, el encadenamiento de estructuras resulta bastante espectacular, sobre todo teniendo en cuenta que *Estados Unidos y una* redobla el juego numérico como en el fragmento de Queneau. El análisis de «la pièce montée» de *Madame Bovary* es realmente esclarecedor, sobre todo para quienes no han observado la escritura de Flaubert bajo este ángulo. Quizá haya cierta aceleración en la exposición allí donde sería deseable un mayor detenimiento en los detalles. En cuanto al soneto de Mallarmé, el análisis es muy interesante y muestra cómo el estudio inicial de Rastier puede ser relanzado y perfeccionado desde una perspectiva nueva. Como concluye la autora, el texto designa el espacio blanco central del soneto, aunque cabría añadir que, en la medida en que «coupe» designa también el corte al final del verso, es todo el blanco del «vierge papier que sa blancheur défend» el que puede verse designado de múltiples maneras («blanc souci» como el blanco bajo estos versos, etc.). Esta observación, lejos de poner en cuestión la conclusión a que lleva el análisis presentado por la autora, permitiría darle un mayor alcance.

Por encima de estas observaciones, que a veces parecerán puntillosas en exceso, hay que destacar el gran interés que presenta la lectura del libro. De hecho, si suscita el debate es precisamente porque su claridad, el gran rigor mostrado y la calidad del razonamiento estimulan la reflexión del lector. La obra aclara numerosos funcionamientos textuales y, en muchos aspectos, representa una aproximación al texto más lúcida, por lo que puede ofrecer, tanto a los estudiantes como a los enseñantes, un método de análisis renovado.

GILLES TRONCHET (Universidad de la Sorbona, Paris IV).